

EL VIEJO ROSTRO DEL MOLINO DE VIENTO DEL CAMPO DE CARTAGENA

F. Saura Mira

«Pieza helénica, apolínea, se enfrentaba diariamente con los elementos naturales, buscando el viento de los levantes marinos o de los lebeches...». (Aspecto etnológico de las M. de V... Cangilón, N.º 2, 1983).

Confieso que el tema me apasiona, forma parte de uno de los contenidos etnográficos de indudable factura; mas aún, cuando de crío los vi dominar el horizonte, desde el entonces solitario campo de Los Urrutias, lugarejo de pescadores tímidos y de barcazas ancladas, como la de Domingo, que pintamos mi padre y un servidor, en una mágica tarde y donde los reflejos de su vela latina ponían una luz romántica en la laguna. Porque no se puede derrocar la ayunción entre la marina y la tierra campesina de este lugar donde posaron numerosas culturas, mágico y poderoso espacio de leyenda y monje, de caballero y conquistador; de poesía y de acopio de ritos de la tierra, desde la vida ancestral de este hombre de la vieja Mastia, de la austera Carthagonova, donde se ensamblan culturas atractivas y que dan constancia de la carga de contenido de la romana Cartagena, cuyo rostro queda sumido en un foco de constante estudio, desde la fisura de su huella arqueológica que reclama el imperio del Olimpo en su foro y escenario, donde la piedra traslada a la realidad la enorme belleza de sus figuras incrustadas en sus Aras y donde Rea Silva y otras danzarinas, nos abren a la fantasía, la gracia y potencia de un arte incalculable (de ellas damos cuenta en una serie de acuarelas sobre las mismas). Lo que potencia la labor del lugar como enfoque y patrimonio regional de envergadura. Es la tierra, la cultura, el hombre, quienes adiestran su esencia y forjan su espíritu, porque en este espacio sagrado, el labriego se lleva bien con el hombre de pesca diaria, con el que mantienen una igualdad de trato, aunque diversa.

Es la faena: uno, el pescador, erudito en las artes de la pesca y en anclar la barcaza en la orilla, siempre con su mirada en



Molino de Cobacho. El Algar (Cartagena). Fotografía de Joaquín Moya Latorre. «Revista Molinum».

los vientos y en la lejanía; recreador de lunas y de redes, en tanto que el hombre de tierra adentro sabe de sus sudores en el riego de sus bancales, en el buen construir de sus aceñas con los arcabuces de barro, en versión auténtica frente a la del huertano murciano, etc.; algo que significa y que apura su estructura y su forma de trabajo desde el ángulo de lo terráqueo, como singular factura. Lo que ocurre en lo referente a la molinería, como ajuste preciso de *los viejos molinos de viento que se apagan hace años* y que sólo el recuerdo de sus egregias poses queda para escarnio, pues qué duda cabe que habían de revitalizarse, algo que ya dijimos nosotros en el año 1983, en un específico trabajo publicado en estas páginas de nuestra querida revista. Ahora se han configurado sucintos

estudios en torno a la defensa del molino en sus diversas facetas, dando rienda suelta a su figura en los ángulos de la geografía española, donde el molino manchego reconforta y nos trae gestos de un pasado épico con las labores de molturación de la harina desde la presencia de los granos de cereales, con la famosa y acústica molinenda de sabor etnográfico y literario.

Tan solo desde la sequedad de esta tierra cabe forjar la función del viejo molino de viento, asumiendo su tesis de elevador del líquido elemento desde sus piezas básicas que lo encomian, como potencial y habilidoso monumento salido de su mediterraneidad, algo que, por sí mismo, lo ensalza y encumbra a roles imprescindibles en la propia naturaleza de esta tierra casta y encumbradora de una energía espiritual rotunda. Tal su raigambre que es preciso recalcar en su último estado de muerte. Una pieza artesana del molino de viento se conserva en el Museo, como relieve y profusa imagen que impone y consagra su elocuencia, equivalente a los albiges y las aceñas de tan grata sonoridad. Hay un episodio consustancial entre el arcabuz de la aceña elevadora del agua y las velas plásticas del molino enhebrando la acción natural de traslación, a la superficie, de este elemento, tan vital, medio y método para la ebullición de la misma vida agrícola.

Y como desde el cantar se hace lo que se quiere, y como desde el corazón se dice lo que se ama; por esta vez deseo traer a colación una recopilación tomada *in situ* de los rostros de molinos que ya forman el sentimental paisaje de mi vida, que afirman, una vez más, el orgullo que poseo por esta mi tierra, la de mi región que, desde el altiplano a la huerta, configura un matiz diverso y propio sobre el que vengo escribiendo y defendiendo, y estas líneas no son más que un atisbo de mi querencia por estos artefactos naturales, propios del ademán del hombre de Cartagena: semántica y lengua, atisbo de una artesanía y muestrario de objetos cálidos que integran su cuerpo,

como piezas de un vivo organismo que tuvo vida y templo en el ánimo de sus agricultores dedicados a la faena de la recogida del algodón y de los pimientos, entre otras cosas. Mineros turbados por la orgía del mineral que les quitó sus vidas en temprana edad y que, desde estas páginas quiero loar, cual hombres fecundos y cantarines que en sus gargantas pusieron el duende del dolor. Tengo páginas, más de cien, dedicadas a estos hombres del trovo y de la mina, cantaores de postín que año tras año ponen grietas en su cánticos mágicos y aprietan los corazones de sus oyentes, cual ya lo hicieran El Rojo, El Alpargatero, La Peñaranda y Chillares, que como sus nuevos trovadores, asimilan y ponen nuevas cadencias en sus muestrarios calientes y gigantes, como el agua de la mar que nunca es capaz de pararse, como el río que gira inevitablemente entre sus amores de lamias y de náyades subyacentes.

No le pongo hitos a este mensaje que puede asumir la densa tesis de una obra o simplemente, retener el aliento de unos folios, pero eso sí, en solicitud de querencias varias y trazados desde la amistad de quien comprende nuestra forma de actuar y seguir el estudio etnológico de estos enfoques, desde el campo mismo y tratando con los labriegos, que muchos murieron y me dejaron historias y, otros, los más jóvenes, siguen contemplando el desvencijamiento del molino, de «su molino», con el que vivieron lustros, fue el mismo eje de sus actuaciones y sus familias. Generaciones se insuflaron con sus elementos sabiendo del orden de sus elementos y juntando la guía, cara a los vientos amables de su paisaje.

Ellos sabían que con el lebeche el aire retenía el sabor a tierra remozada y con el levante se arrimaban las cosas al agua marina, de ahí su dualidad entre el brote salino y su envergadura de semilla sepultada en la tierra roja de su topografía.

Una tierra encarnada que pinté con sus huellas de carriles de bueyes sembrando, desde sus eras amarillas y palas ágiles del aventar. Espacios que mantienen viejos

caseríos, como el de los Cayuela, donde retengo el ocre y la amistad de unos hombres preclaros asumiendo la tragedia de la guerra fratricida, con la novelada leyenda de un asesinato en el viejo y ruinoso «Molino del Miedo», donde ya, en mis años de niñez, el haya de mis tíos, la querida Beatriz, con nombre amado de Dante, me contaba sus historias y hacia él nos dirigíamos, a la merienda, en las fabulosas tardes de agosto, sin sobrepasarse y sin más pretensiones que su presencia. Molino roto y cegado pero que aún retiene el hedor y la miserable conjetura de un asesinato, pues cierto labriego, por razones ancestrales, pudo dirimir, en tal sitio, una reyerta y arrojar al pozo del molino, el cuerpo de su antagonista. La voz del asesinato ha ido quedando y se cuenta desde la oralidad como algo que tuvo su capacidad de poner énfasis en el lugar. Desde aquel entonces, y ello se data a primeros del siglo XX, tuvo presencia esta negra acción que ha ido consumiendo y diluyéndose en generaciones posteriores y queda el sitio reconocido como el «Pozo del Miedo», desde la ruina de la tierra del molino, como a su vez, se acogen estancias luminarias y exóticas como la del «Charco de la Vaca», o la torre de Ramo, en espacios por los que aún no llega la civilización y que acusan su lamento, y aún se escuchan en su entorno, ciertos rumores, como conjuros de almas fallecidas que invocan a sus dioses y se apoderan del lugar voces y campanas, por el entorno de la ermita de los Cayuela, en el mismo espacio donde se muestran los raíles de la nueva civilización. Conservo cientos de páginas recopilando aquellos avatares tratados desde la memoria de sus viejos y ya fallecidos moradores; que este paisaje forma parte de mi infancia y todo su espasmo me asombra ahora; esas ruinas descontroladas que formaban sus viejos caseríos, sus moles de molinos calientes con sus aspas blancas y juguetonas, movidas por los vientos cartageneros, asumiendo el énfasis de su amoroso encuentro, ante la mirada

de los que caminábamos por su paisaje de lentiscal y pitera, de algarrobos tumbados por los vientos y de paleras bordes y africanas, junto a los caminos reales.

Y es que desde este lateral de vivencia y añoranza hemos destacado una serie de molinos, más de cincuenta, que corresponden a este campo, con sus partituras precisas de las que ya dimos ocasión de su folclore, pero ahora sirve como entonación de un argumento de su defensa, cuando, acaso, sea inútil su revitalización, dado el estado de decrepitud en el que se encuentran todas esa serie de viejos molinos del campo cartagenero y que recogimos en un álbum, que consta como homenaje a los mismos. De tal estirpe son los mencionados molinos de los Zapata, ubicado en «El Alto del Villar»; de Miguel, con el apodo de «La máquina», en dirección a los nietos, ahora en su mayor desideratum de alifafe, el de Juanete, en completo «abatimiento», (como ya anoto en el bloc de apuntes), o el de la Juanita, de mejor catadura, cuya silueta era, según me dicen, la de mejor angulación y belleza, cuyos dueños habitan en la capital de España. En la antaño «Ermita de Cayuela», de cuyo tratamiento histórico trato en apuntes inéditos, paraje de soledad y encanto; se domina el molino de los Moloy cuyo impacto referencia el hábitat de la zona de El Algar, cercano a un algarrobo centenario ya desaparecido. Y como pieza enjundiosa de viejo molino queda el empaste pétreo del de Rufo, con categoría y rasgo helénico, que, al parecer de Lewis Munford, informan sus rasgos, con los de «sacar agua», en su diversa énfasis y tratamiento, pero de solera y casta apolínea, cual advierte E. D'ors, como documento de piedra cabal y noble que permanece y cuenta: torre, chapitel y aspas con velas dominadoras; todo un ejemplo de pericia argumentada en la raíz de la naturaleza. Egregia forma de vivir desde lo arcaico y con la casta del hombre mediterráneo. Como el molino de Covacho, donde la crónica centra rasgos siniestros y tareas desenfadadas en la

misma piel de estos páramos en que el aljibe insinúa su enfoque y faena, como sus pozos y aceñas.

Todo un empaque de objetos que tuvieron vida y ya son meros detritus con los deteriorados carros que faenaron y establos abandonados. En todo caso, se adivina en sus harapos la luz de aquel «dolorido estar», la alegría que bullía en los rostros de sus dueños que llevaban en arriendo el heredamiento, donde ahora subyace la apatía y el desencanto, producto de la falta de interés por quienes deben defender la arrogancia de estos molinos de viento, de tanta importancia.

Tierra ésta de efigies etnográficas, de caminos y arrogancias pétreas que nos conducen a paisajes declarados de interés, a no ser por la atrofia en que se encuentran, siniestro signo del camino de la Bermeja, denominada de tal guisa por sus aportes de apellidos, de familias lindantes y con talante, donde no hace muchos años había taberna denominada de José, de cadencioso rumor a pasado rancio y con sus personajes: ella, ancianita ataviada a la usanza de las mujeres labradoras y, él, hombretón con facha de minero y cuello largo, acartonado de rostro y chupando siempre un cigarro por el que se le caía la baba; formaban el dúo de unos dueños que, por contra, te daban un excelente vaso de vino que sacaban de un añejo tonel.

Bien poblada de abastecimientos estaba la bodega a la que se llegaba viniendo de los Alcázares, cerca de la Torre Negra, sobre la que los campesinos saben cosas y cuentos de amargas secuencias. Me han contado ¡tantas! que uno no sabe ya a qué carta quedarse, por aquello de que el vulgo atrofia la realidad e intuye fantasmas donde no los hay, o acaso sí los hay y es preciso darle un sentido, como los ecos de alguien que tocaba un extraño violín en la ermita cercana a la bodega, espacio por el que tantas veces he pasado, camino hacia los otros molinos.

Pues que en este paraje se daban cita los recios y bohemios gitanos acusadores de su rango y con el color chillón de sus

atuendos, sobre todo, en las faldas encarnadas de las mozas habitantes de unas chabolas junto a la ermita, con su torre quebrada y los tejones caídos de la techumbre, pues más parecía barcaza demacrada, cadáver desmenuzado, que espacio religioso donde ponerse a orar...

Peró estas zonas no hay más que paredones abandonados y con grietas, viejos testamentos de portones tumbados al sol agosteño y personajes salidos de la bohemia dignos de lienzos sesudos y solanescos, pero a nosotros nos gustan los caminos empolvados y los surcos de viejos carros que antaño llevaban la paja asentada en su cuadrado cubículo. Medio de transporte era para acudir a la hacienda cercana con la presencia del molino, que se situaba allí como algo sagrado, hito importante de la actividad del molinero.

Allí merodeaban los molinos de la Giba, del Pleitero, dueños que le dieron sus nombres y ya se quedaron con su empaque, luciendo, pero también depauperándose; convivían juntos con los Glorias, merodeando por ellos el más famoso gitano del lugar, el «Tío Boniato», personaje alto y seco como rama de algarrobo, llevaba en la cabeza un sombrero ancho, blanco que contrastaba con su piel maciza de terrón seco y agrietado. Iba siempre con su mujer, de edad de setenta años, cubierta la cintura con un mantón verdoso que contrastaba con la negra falta, más de reclamo de luto que para pasear por esos caminos de Dios. Como hidalgos personajes se les veía por los surcos de estos caminos de recios molinos, asombrándose de su sabia categoría.

El tío Boniato fumaba en una pipa que apagada la llevaba siempre y alguna vez me saludó, quitándose su sombrero ancho, como de supuesto actor de cine expectante de alguna intervención.

Del molino del Calvo se podría escribir un tratado, no es mi intención, si no la de dar constancia de su sublime pose, con sus aspas desbastadas y grietas en sus moles por las que anidan las golondrinas.



Molino del Calvo.

Un día vi dormir en el interior de su torre a un vagabundo que se asustó al verme y comenzó a correr como un endiablado.

En torno al mismo se habla de duendes y brujas que merodean por el chapitel y dormitan las noches de luna llena. Molino adusto y temblón es el del Zape, más cadáver que otra cosa, ya que es el más anciano de El Algar, conjunto aparatoso y organismo muerto pero con sus vísceras salpicando el cuerpo, como si algún alquimista extraño quisiera tomar sus urdimbres masacradas, como guillotinas y salidas de un campo de concentración.

Da miedo verlo, como el mismo pozo, en cuyo interior anida el espectro del asesinato, que dicen que cometió allí mismo por aquellos años de silencio y dudas.

Molinos viejos del Lentiscar, como el de los Zamplana, de 1918, fecha, al parecer, de la construcción de estos molinos, cuyo maestro falleció hace años y queda uno de sus descendientes que habita en La Palma. En el molino Arribao se constata una tremenda crónica de vagabundo y dueño sofisticado, vulnerador de normas y sordido engendrador de dramáticos contenidos que la gente cuenta como molino sembrado de negras leyendas, con apariciones de cadáveres y otros mostrencos delirios, que nos hace apartarnos del mismo, aunque recio y rotundo con su marca de brujos abusivos y deleznales que conjugan noches y vicios ocultos.

El de Jabalón mantiene una fina torreta y ya se decía que era el molino elegante y «tieso», por su aporte y entereza, como la otra semblanza del de Learte, en la finca de la Gloria.



Molino de Learte.

Esta vieja ruta, por los molinos que tuve la dicha de pintar y forjar su leyenda etnográfica, de acaparar su silueta y su lectura desde la vida que mantenían, refocilándome entre sus gentes; dueños y arrendatarios, labriegos del lugar; da para mucho más, ya que cabe otra postura en torno a cierto itinerario de los Beatos a La Palma; camino de tierra y de gitanería ambulante: bohemia amparadora de lunas y de bailes desde los cantos de sus gargantas con ancestros de la India. Ruta de molinos y de sucintos caseríos apagados, con azoteas de láguena y viejos personajes que aguantan la silicosis de la mina: el único patrimonio que conservan y que indican que esta vida es algo tremendo, más aún cuando atravesamos el paraje de la Piqueta con su manta negra y sus lágrimas de hombres empecinados en salvar los huesos y la lumbre de sus viviendas, donde el aljibe largo y tumbado al sol de los estíos, se duerme en sus ancestros y el agua de su interior, redonda como el pozo negro, asimila el fluir de una vida quebrada y mansa, apaciguada por la quietud de aquellos días que perecieron y que se pueden recordar desde la memoria... Trataremos de estos aljibes, con sus grietas en sus estancias de la tierra dolorida de Cartagena.